

La seguridad europea a fines del siglo XX

A fines del siglo XX, las principales amenazas que se ciernen sobre Europa no son de índole militar. La Comunidad Europea ha generado una importante y positiva «desmilitarización» de sus conflictos interiores. La cooperación ha sido la base de esta política de seguridad. La necesidad de extenderla hacia los países europeos que buscan un nuevo camino, al destruirse el anterior equilibrio político del continente, obliga a encontrar nuevas fórmulas. Más que nunca es necesario buscar medios para prevenir los conflictos y resolverlos sin tener que recurrir a la fuerza de las armas.

Alberto Piris Laespada *

Introducción

LAS discusiones sobre la seguridad en Europa, una vez concluido el enfrentamiento Este-Oeste que tanto

* General de Artillería en la Reserva. Miembro del Centro de Investigación para la Paz. Madrid.

influyó en ella durante más de cuarenta años, proliferan actualmente casi sin medida y, cuanto más lo hacen, más inciertos parecen muchos de sus planteamientos, y mucho más confusos de lo que en esta materia nos había acostumbrado la dinámica sencilla de la Guerra Fría.

Nunca como en los últimos dos o tres años se han desarrollado tantos planes y propuestas para garantizar la seguridad de nuestro continente, ni han mostrado mayor actividad las organizaciones internacionales europeas que, de uno u otro modo, tienen incidencia sobre este objetivo. No es superfluo recordarlas: la Alianza Atlántica y su brazo militar, la OTAN, así como el puente orgánico que ésta ha tendido recientemente hacia los antiguos países del Pacto de Varsovia: el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN); la Unión Europea Occidental (UEO), desde hace poco tiempo en trance de revitalización tras decenios de hibernación, ha sido el impreciso y discutido «pilar europeo» de la OTAN y posteriormente aspira a constituirse en el brazo armado de la futura Europa unida; la Comunidad Europea (CE) y, desde Maastricht, la posible Unión Europea (UE) que este tratado anuncia; la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), así como la «sucursal» de ésta para el Mediterráneo (la CSCM), todavía en estado incipiente pero propugnada con entusiasmo desde diversas instancias españolas; y por último, la propia Organización de las Naciones Unidas (ONU). Todas ellas son estructuras intergubernamentales desde las que se vienen alzando voces que con frecuencia tienen algo que decir respecto a la seguridad en Europa. Y, de hecho, lo dicen, aunque a veces parezca que lo hacen en forma confusa y contradictoria. En algunos casos es la inercia burocrática de la supervivencia a toda costa la que obliga a buscar un hueco al nuevo sol que luce en el actual sistema internacional de poder —tal como sucede con la OTAN, que busca nuevas misiones al quedarse sin su enemigo original. En otros casos es la revitalización de algunas funciones ya previstas, que se facilitan al desaparecer el enfrentamiento entre Washington y Moscú, la que incita a buscar nuevas fórmulas, como sucede con la ONU y la CSCE. Pero la seguridad europea es algo que a todos los ciudadanos concierne muy directamente y su discusión no debería quedar reducida al foro de los entendidos, en las manos exclusivas de la habitual tecnocracia de la defensa, y de los dirigentes políticos, a caballo de la diplomacia y la milicia, sino que debe abrirse a los vientos de la opinión pública.

La seguridad europea

LA primera cuestión que debe plantearse antes de abordar cuáles son las amenazas que se ciernen sobre Europa y de qué modos se les puede hacer frente, es la de discernir qué se entiende por seguridad europea. Habría, incluso, que dilucidar otra cuestión previa, que aquí se da por resuelta para no complicar más este análisis, que es la definición del espacio europeo. Se deja este asunto por sobreentendido porque, bastante bien definidas hasta el momento, existen una Europa Occidental, incluida en la CE y en la EFTA, y una Europa Oriental, a la que también alcanza la CSCE, y ambas constituyen, grosso modo, un escenario europeo con cuya extensión casi todos pueden estar conformes (1).

Por tanto, conviene empezar definiendo el objetivo de la seguridad europea. A este respecto se puede considerar que, en primer lugar, en una Europa «segura» no existiría peligro grave de ataque militar procedente de cualquier estado no europeo. Este es el concepto elemental y primario de seguridad: la defensa militar de la colectividad propia frente al posible enemigo exterior, concepto comúnmente admitido en todos los sistemas políticos y por el que, en último término, se justifica en las sociedades democráticas el coste que implica el sostenimiento de un órgano armado que pueda cumplir tal misión. En segundo lugar —y esto es ya una adquisición de la moderna Europa Occidental— en esa Europa «segura» desaparecería la idea de agresión militar en el interior del continente, como ya ocurre en el seno de la CE, donde un país que apenas dispone de un par de batallones, como es el caso de Luxemburgo, se halla tan seguro, militarmente hablando, como su vecino meridional, Francia, dotada de numerosas divisiones y de un no desdeñable poder nuclear. La «desmilitarización de los conflictos» ha sido total en el interior de la Europa comunitaria y la seguridad que ello confiere habrá de extenderse a todo el futuro ámbito continental. Este es, indudablemente, uno de los principales «productos políticos» que tiene Europa que ofrecer a los nuevos estados independientes, y al que tan sensibles han demostrado ser los países que se han liberado de la tutela del extinto Pacto de Varsovia. Tal

(1) Esto no implica que no pueda discutirse, por ejemplo, la «europeidad» de Turquía, cuestión que en el futuro va a pasar al primer plano de la actualidad, al aspirar este país a un puesto en la CE. Por otra parte, si puede afirmarse que tanto Rusia como Ucrania son evidentemente europeas, esto es apenas extensible a algunas de las repúblicas asiáticas de la antigua URSS, cuyo único contacto europeo era el de haber sido gobernadas anteriormente desde Moscú.

desmilitarización ha sido posible, sobre todo, gracias a otro importante elemento de la seguridad moderna, que es la cooperación económica, carente casi por completo de todo componente militar. Por último, y a la vista de lo que actualmente viene sucediendo en las repúblicas desgajadas de la antigua Yugoslavia y en algunos de los estados que antes conformaban la URSS, la seguridad europea habría de garantizar la tolerancia étnica o religiosa en el interior de sus fronteras y el respeto que toda democracia debe mostrar por los grupos minoritarios de cualquier tipo. Este tercer aspecto no es sino el desarrollo lógico de los valores democráticos europeos, que todos los países que defienden su seguridad común dentro de un mismo marco político forzosamente han de aceptar y cultivar. El conflicto de la antigua Yugoslavia ha venido a poner esta cuestión en un primer plano y con una sangrienta relevancia.

Definido este marco conceptual mínimo de la defensa europea, que podría garantizar la inexistencia de conflictos que hubieran de resolverse por la fuerza de las armas, no hay que olvidar otro tipo de seguridad, al que no se va a aludir más en este estudio pero que tiene una gran importancia, porque define las condiciones deseables de la vida de los europeos. De nada serviría a un pueblo estar absolutamente protegido frente a un ataque armado de cualquier enemigo previsible si estuviese viviendo en condiciones miserables o abrumado por la deuda exterior, o si el aire que respirasen los ciudadanos estuviese tan contaminado que se redujese su esperanza de vida. Se trata, pues, de la necesaria seguridad frente a la miseria, la pobreza y el hambre, frente a las carencias sanitarias y educativas, frente a la injusticia y frente a la degradación ambiental. Este otro concepto de seguridad, al que no se refiere lo que sigue, es, sin embargo, premisa básica que justifica todo lo demás.

Las amenazas a la seguridad europea

Generalidades

NO es fácil establecer con claridad qué es lo que puede amenazar hoy en día a la seguridad de Europa. Pero no por ello la imaginación de los estrategas y analistas políticos es menos prolífica. Hay quien imagina una guerra santa del Islam contra Occidente, capaz de poner en peligro los abastecimientos de petróleo, entre otras cosas. Otros consideran posible una reproducción de las invasiones bár-

baras medievales, protagonizadas por los refugiados que huyen de la miseria norteafricana o asiática. Hay quienes no olvidan el peligro que para Europa supondría una guerra entre Israel y los estados árabes, con posible recurso a las armas nucleares, cuyos efectos llegarían hasta nuestro continente. Hay quien analiza las consecuencias que tendría para el mundo occidental el cierre del canal de Suez o un aumento de las acciones terroristas de grupos cada vez más amplios que atribuyesen a Occidente la injusticia causante de la mayor parte de los males que les afligen (2).

Conviene analizar más detalladamente todos estos aspectos, ya que, en su mayor parte y a primera vista, los peligros que se ciernen sobre Europa no parecen ser de naturaleza eminentemente militar ni del tipo de los que deben afrontarse preferiblemente con la fuerza de las armas.

Amenazas exteriores a Europa

Agresiones militares

LA posibilidad de una amenaza militar directa sobre Europa es en la actualidad prácticamente inexistente. Ningún país limítrofe posee una capacidad militar que pueda poner en peligro al enorme potencial europeo. En todos los aspectos comparables—fuerzas nucleares, de tierra, mar y aire, capacidad logística y base industrial— el Magreb no es, para Europa, enemigo militar de consideración. Por otra parte, si la amenaza bélica procediese del Oriente Próximo, ya no afectaría únicamente a la seguridad de Europa sino a la de todo el mundo, y no se abordaría en términos exclusivamente europeos, sino globales (3).

No obstante, la adquisición por algunos estados (Irak ha sido un reciente ejemplo de esto, aunque no es el único) de misiles de largo alcance, junto con el desarrollo de armas de destrucción masiva, ponen un grave acento en un cierto tipo de amenaza militar que no debe subestimarse pero que, con frecuencia, se exagera hasta límites indebidos. Se ha avanzado mucho, pero todavía queda bastante por hacer, en el camino de los tratados de prohibición a nivel mundial. Las armas químicas y biológi-

(2) Scilla Elworthy y otros, *New Threat and Responses*, Oxford Research Group, noviembre 1990, p. 5.

(3) Para un estudio más detallado de la capacidad militar de los países del Magreb, puede consultarse *El Magreb y una nueva cultura de la paz*, Seminario de Investigación para la Paz, Zaragoza, 1993, en su capítulo 3: «El Magreb: el factor militar y las amenazas», pp. 145-202.

cas han sido ya afectadas por ellos, y es posible que por el mismo conducto se puedan eliminar otros tipos de armas amenazadoras. Sin embargo, es la vía de la cooperación económica la que más resultados puede conseguir por este camino puesto que la política desesperada de algunos gobiernos, que sólo en la amenaza militar al exterior ven una garantía de supervivencia, es la que en realidad suele fomentar tal tipo de carrera armamentista.

No hay que olvidar, por otro lado, que el comercio de armas sigue siendo una importante fuente de ingresos para muchos países desarrollados, y que toda exportación de armas pone en marcha los mecanismos de la carrera de armamentos, al menos a nivel regional. Una vez más, el caso de Irak lo ha vuelto a poner de relieve: armado por los países que veían en Irán el más peligroso enemigo a batir, hubo después que ejercer la fuerza militar para desarmarlo, cuando Occidente empezó a considerar que los medios militares con que había sido dotado ya no estaban dócilmente al servicio indirecto de las grandes potencias sino que habían empezado a atender a los intereses nacionales de Irak con la invasión de Kuwait. Cuando todos los países europeos reducen sus niveles de armamento, en función del tratado de limitación de armas convencionales en Europa (CFE), parece paradójico que esos mismos países contribuyan a aumentar los niveles de armamentismo en el Tercer Mundo.

El suministro de recursos básicos

EL mundo desarrollado explota muchos recursos básicos obtenidos en el Tercer Mundo, sobre todo los de tipo energético, aunque no deben olvidarse algunos otros productos minerales por cuya posesión ha solido correr la sangre; muchos de los actuales problemas de Zaire proceden de los intereses mineros que tanto lastraron la descolonización de este país y cuyos resultados todavía le afectan negativamente. No es extraño que los países explotados consideren a menudo sus recursos primarios como un arma más en su lucha para obtener algunas ventajas en un comercio que perciben como desigual, y en el que han de vender unos productos que, en muchos casos, tienen ya los precios fijados por los mismos clientes del mundo desarrollado. Parecen ya relegados al fondo de la historia los tiempos en que con la fuerza de las armas el hombre blanco expoliaba a los pueblos colonizados, pero hay otra realidad más sutil que consigue los mismos efectos sin necesidad

de mostrar las cañoneras. Dada la forzosa dependencia del mundo desarrollado que tienen muchos de los países exportadores de tales recursos, en cuanto a adquirir productos tecnológicamente avanzados se refiere, el establecimiento de unas reglas de intercambio comercial más justas y equilibradas desactivaría notablemente esta fuente de conflictos y alcanzaría unos resultados de mayor estabilidad internacional que la simple imposición militar de la explotación económica (4).

Problemas inmigratorios

LA creciente población del Magreb es atraída por la prosperidad europea en función de una ley creada por el propio mercado capitalista que impera en nuestro continente. La importación de mano de obra barata es práctica que se pierde en los albores de la historia de la humanidad. Hay una tendencia a culpabilizar principalmente a los países generadores de la oferta (de mano de obra) olvidando el impulso de la demanda (patrones dispuestos a aprovecharla y explotarla al máximo), del mismo modo que, al tratar del problema del comercio de las drogas, se suele poner un acento exagerado en perseguirlo en el interior de los países que las producen y exportan, y no en aquellos otros, por lo general más desarrollados y ricos, donde se genera la demanda de su consumo. En ambos casos la razón es obvia: se culpabiliza casi en exclusiva al Tercer Mundo de algo en lo que el mundo desarrollado ejerce también una influencia perjudicial, quizá aún más determinante.

En cualquier caso, los conflictos generados por la emigración clandestina en nada pueden solucionarse con medios militares y sí mucho con otros tales como la lucha por el desarrollo equilibrado, la cooperación mutua y el establecimiento de términos más justos de intercambio entre países ricos y pobres.

El terrorismo

LOS terroristas se amparan habitualmente bajo muchas banderas para justificar sus acciones: nacionalistas, ideológicas, religiosas, etc. Actúan por desesperación o movidos por la

(4) Una visión estremecedora pero implacable y realista de las relaciones comerciales entre el mundo desarrollado y el Tercer Mundo se encuentra en Susan George. *La trampa de la deuda*, Iepala/CIP, Madrid, 1990.

injusticia, con el convencimiento de que no tienen otro medio para poder intervenir en las decisiones que les afectan. Los movimientos terroristas son, por lo general, el resultado de un régimen dictatorial o tiránico, de la opresión de unos pueblos por otros, de las privaciones económicas e incluso de la destrucción medioambiental, y hallan su caldo de cultivo alimentado por muchos factores generados en los países desarrollados: el comercio ilegal de armas, la explotación irracional de recursos primarios, la crisis de la deuda externa, y el apoyo a regímenes tiránicos, son algunos de los más relevantes. Mientras subsistan las causas, la lucha contra el terrorismo internacional no tendrá éxito definitivo.

Amenazas interiores europeas

Las agresiones militares

DURANTE años, el peligro militar ha estado en Europa centrado en la URSS y el Pacto de Varsovia. Esta situación se ha modificado radicalmente, y aunque la actual Rusia regenerara sin modificación alguna el sistema político que allí se materializó con anterioridad a Gorbachov, el peligro para Europa sería ahora considerablemente menor. El Pacto de Varsovia jamás renacería, y los países del cinturón que, en este tratado, constituía la vanguardia de la defensa soviética, en modo alguno podrían volver a integrarse en el anterior sistema militar. Rusia se ha replegado a su frontera interior y entre ella y Europa Occidental ha surgido un importante grupo de países neutrales cuya existencia impide considerar la posibilidad de un ataque armado ruso contra los países europeos occidentales. El tratado de Fuerzas Convencionales en Europa (CFE) ha dejado a Rusia en manifiesta inferioridad en relación con la OTAN, teniendo en cuenta que ha de atender también a sus requerimientos de seguridad en su extremo oriental asiático. Procedente del que fue territorio de la URSS y de sus antiguos países aliados no cabe concebir, por tanto, ninguna amenaza militar sobre Europa, aunque existan otros graves riesgos de conflictos, de naturaleza económica, social, étnica e incluso medioambiental.

En ningún estado europeo podría generarse en la actualidad una amenaza militar, de modo secreto y capaz de lograr la sorpresa, porque el grado de transparencia ha aumentado considerablemente. Las medidas de verificación e inspección que se han aplicado en cumplimiento de varios

tratados firmados en los últimos años hacen imposible la agresión militar por sorpresa entre estados de Europa. En todo caso, los designios agresivos de cualquiera de ellos serían percibidos con la suficiente antelación para preparar una eficaz respuesta (5).

Los desequilibrios económicos

LOS graves problemas económicos que supone la prevista integración de los países orientales en la Europa desarrollada y próspera no tendrán fácil solución. En una conferencia que pronunció poco después de la caída del muro de Berlín, el profesor Galtung afirmaba que la futura «casa europea» corría el peligro de parecerse a un castillo en el Oeste y a un barrio de chabolas en el Este. La estabilidad en los países de la antigua URSS y del Este europeo puede verse afectada gravemente por el creciente paro, el aumento del coste de la vida y el insuficiente suministro de bienes y servicios durante un largo período de transición que puede cifrarse en años, si no en decenios. En esta tesitura, los enfrentamientos comerciales, las hostilidades económicas sobre prácticas de *dumping* o de subsidios ocultos pueden cobrar especial gravedad. La CE no podrá negarse a aceptar productos del Este, en especial agrícolas, lo que puede producir dificultades en Bruselas.

Movimientos migratorios

LOS movimientos de población desde los países de la Europa del Este hacia el próspero Oeste suponen ya un grave problema para algunos miembros de la CE. Alemania está sufriendo ya las primeras consecuencias. El renacimiento de grupos políticos basados en ideas de racismo o xenofobia es uno de los más evidentes y peligrosos resultados. Las mismas tendencias ultranacionalistas que hace años germinaron ya en Francia, suscitadas por el rechazo de la inmigración norteafricana y que tanto han servido para reforzar a la extrema

(5) Al menos existen cuatro tratados o acuerdos que ponen en manos de los países europeos un enorme poder de control y fiscalización de los demás: el Tratado de Fuerzas Convencionales en Europa, ya citado; el Acta Final de la Negociación sobre Efectivos de tales fuerzas; el Tratado de Cielos Abiertos y la declaración que sobre él firmó la CSCE; y el documento de Viena de 1992, sobre Medidas de Generación de Confianza y Seguridad.

derecha en el vecino país, están actuando ahora en Alemania y Austria, por ejemplo, en relación con los inmigrantes del Este europeo. Se habla ya, en algunos círculos conservadores de Europa, de que la supresión de las defensas militares que impedían la invasión de Europa por el comunismo habría de ser seguida por un reforzamiento de sus defensas frente a los miserables emigrantes que proceden de los mismos países desde los que antes se temía una invasión militar. Si a esto se une la negativa coyuntura económica por la que atraviesan algunos países de la Europa comunitaria, se percibe con facilidad que los conflictos de este tipo podrán agravarse en el futuro.

Conflictos producidos por el renacer del nacionalismo

LOS nuevos conflictos de la postguerra fría son los que tienen raíces étnicas o nacionalistas. Aunque no amenazan directamente a la seguridad de ningún país europeo, plantean el problema grave de cómo afrontarlos. Ni Europa, ni las grandes potencias extraeuropeas, ni siquiera la ONU, estaban preparadas para ello. Durante la Guerra Fría estos conflictos eran percibidos como una consecuencia del enfrentamiento entre el Este y el Oeste y su virulencia se atenuaba forzosamente en función del equilibrio virtual entre ambos bandos. Ahora, estos conflictos eclosionan con toda su potencial gravedad y se traducen en luchas por las fronteras, por los derechos políticos de las minorías étnicas, en irredentismos no solucionados o exacerbados por las nuevas circunstancias y hostilidades entre pueblos, cuyas razones más profundas hay que buscarlas a veces en un remoto pasado histórico.

Las respuestas europeas a la conflictividad

FRENTE a todas las amenazas que se ciernen sobre Europa, la respuesta generada es múltiple. En muchos casos, contradictoria. El debate surgido en torno al Tratado de la Unión Europea (el debate «sobre Maastricht») ha puesto de relieve las distintas opiniones que algunos pueblos europeos tienen sobre la necesidad de una política exterior y de seguridad común (PESC). El título V del texto del Tratado es uno de los más imprecisos que éste contiene. Para comprobarlo basta con examinar la cuidadosa redacción del importante artículo J.4-1: «La política exterior y de seguridad común abarcará todas las cues-

tiones relativas a la seguridad de la Unión Europea, incluida la definición, *en el futuro*, de una política de defensa común, que *pudiera conducir en su momento* a una defensa común» (cursivas de A.P.).

Las discrepancias de fondo son enormes entre los países de la CE. Si Francia propugna un ejército europeo, el Reino Unido prefiere considerar la posibilidad de utilizar a la OTAN como brazo armado de la defensa europea. Es más que evidente que en el trasfondo de esta polémica se halla el papel que EE.UU. habría de jugar en la PESC, y aunque los países europeos están de acuerdo en sostener la presencia armada norteamericana en el continente, mal se podrá concebir esto si a la vez que ha desaparecido el enemigo militar del Este, Europa y EE.UU. desarrollan unas sordas batallas comerciales que es posible cobren mayor virulencia en el futuro (6).

La defensa militar europea

DURANTE más de cuarenta años la defensa militar del continente ha estado orientada hacia la confrontación en Centroeuropa. Las grandes concentraciones de fuerzas que esto exigía se están reduciendo sustancialmente a partir de la aplicación del ya citado tratado de CFE. Por el contrario, los países occidentales están desarrollando las fuerzas de reacción rápida o de intervención inmediata. Esto presenta problemas de crítico interés. Por un lado, pueden ser consideradas por los países próximos a Europa como fuerzas intervencionistas, ejecutoras de un nuevo colonialismo. Por otra parte, si los estados europeos ponen esas fuerzas al servicio de la ONU o de la CSCE —con aprobación del Consejo de Seguridad— su estructuración debería ser diferente de la actual, apta para las misiones de mantenimiento de la paz o de pacificación forzada, y no según las líneas tradicionales de las fuerzas ofensivas sólo preparadas para luchar. Esta es una cuestión de candente importancia porque las fuerzas armadas tradicionales no pueden cumplir las misiones propias del mantenimiento de la paz sin una readaptación de su formación, su instrucción, sus medios, e incluso su finalidad política. El empleo de una mínima capacidad ofensiva y el ejercicio de una enorme contención en el uso de los medios no es la forma normal de actuar de los ejércitos. Los futuros ejércitos de la ONU, que propugna el actual secretario general, no podrán ser los ejércitos nacionales puestos temporalmente

(6) Véase al respecto Mariano Aguirre y Ana Alonso, «Maastricht y la defensa europea», en *Papeles para la Paz*, núm. 44, Centro de Investigación para la Paz, Madrid, 1992, pp. 25-34.

a disposición del Consejo de Seguridad, sino que habrán de ser unas fuerzas armadas especialmente preparadas para sus funciones (7).

Conclusión

EUROPA no puede estar segura en el seno de un mundo que no lo esté. Los conflictos seguirán brotando, tanto en el interior del continente como fuera de él. Muchos de ellos no tendrán carácter de amenaza militar y la mayoría no justificará el uso de las fuerzas armadas para hacerles frente. La seguridad europea no es básicamente un problema militar, y sólo la inercia de la guerra fría puede seguir manteniendo la idea de la militarización de la seguridad.

La prevención anticipada de los conflictos, la actuación rápida de los órganos internacionales de mediación y arreglo son requisitos imprescindibles para alcanzar una mayor seguridad europea.

Europa estará también más segura si logra coordinar una política exterior común y articular su política de seguridad con planes de cooperación con el Tercer Mundo. Para rehuir el peligro de un nuevo intervencionismo colonialista, la defensa común del continente deberá, a su vez, enlazarse con la seguridad global a la que se aspira desde la ONU. Las instituciones europeas relacionadas con la seguridad se hallan en un momento de evolución de imprevisible resultado. Ante la aparición de conflictos, podrían actuar desde un primer momento la CSCE o la CE, dejando para la ONU los casos más graves. No cabe esperar una actividad más eficaz de la CSCE si no se le dota de una base financiera que le permita disponer de más medios. Para la aplicación de la fuerza, en casos extremos y tras el fracaso de los esfuerzos negociadores de la CSCE y la CE, la OTAN y la UEO parecen ser los agentes activos que gozan de las preferencias europeas. En último término, mientras subsista la impotencia de Europa para generar políticas comunes en otros campos que no sean los habituales del comercio, la industria, la economía, etc., la seguridad de Europa seguirá pasando por Washington.

(7) Sobre las ideas del Secretario General relativas a la reestructuración de las fuerzas al servicio de la ONU, puede consultarse su informe presentado al Consejo de Seguridad y titulado *Un programa de paz*, Naciones Unidas, Nueva York, 1992. Una visión distinta pero complementaria ofrece Brian Urquhart, «Lecciones del Golfo para la ONU», *Papeles para la Paz*, n.º 43, Centro de Investigación para la Paz, Madrid, 1991, pp. 31-44.